



# EL ADVENTISTA ORIGINAL PIONERO

12 de Abril de 2026



## Sellamiento Y Re-bautismo (p.3)

**El Sutil Autoengaño**

- *F. F. Bastidas* (p.10)

**La Roca y las llaves  
de la Iglesia** - *John  
Garcia* (p.13)

**La Ascensión de  
Cristo** - *Migdalia C* (p.21)



## **¡Hermano adventista! ¿Estás verdaderamente sellado por Dios o vives engañado, arriesgando tu salvación?**

La apostasía entra en nuestra iglesia; despierta con esta serie de artículos que genera debate y aviva la fe.

Nuestro primer artículo “Sellamiento y re-bautismo” muestra la necesidad de rebautizarse en el sábado y el Dios verdadero para iniciar el sellamiento. Esta verdad bíblica nos protegerá en la angustia. ¿La aceptarás?

El segundo, de FFBastidas, revela el sutil autoengaño de pecar farisaicamente. Caemos criticando a otros mientras ocultamos pecados con falsa piedad. ¡Esa hipocresía carcome la iglesia!

El tercero, del hermano John, explica por la Biblia sola el fundamento de la Iglesia y las llaves: qué es la iglesia, su base y a quién se dio la autoridad para el remanente.

El último, de la hermana Migdalia, resume las lecciones sabáticas sobre la ascensión de Cristo y el derramamiento pentecostal, poder esencial hoy.

Estos artículos son controversiales porque desafían nuestra comodidad: el sellamiento exige re-bautismo, arrepentimiento verdadero, fundamento bíblico y el Espíritu de Pentecostés. Generan discusión entre adventistas.

Hermanos, el Señor vuelve pronto. ¿Reformarás tu vida o seguirás en engaño farisaico? La ascensión nos llama a obediencia urgente.

¿Crees que la Iglesia Adventista requiere re-bautismo masivo para el sellamiento final? Comenta y fomentemos el debate que purifique al pueblo de Dios. ¡Participa ahora, tu voz inspira!

En Su gracia,  
El equipo editorial

### **EDITORA:**

[www.antorchaprofetica.site](http://www.antorchaprofetica.site)

### **DIRECTOR:**

John García.  
[johngarcia144000@gmail.com](mailto:johngarcia144000@gmail.com)  
+34.650.86.38.11

### **YOUTUBE:**

[https://www.youtube.com/  
@antorchaprofetica](https://www.youtube.com/@antorchaprofetica)

### **INSTAGRAM:**

[https://www.instagram.com/  
antorchaprofetica/](https://www.instagram.com/antorchaprofetica/)

### **FACEBOOK:**

[https://www.facebook.com/  
LaAntorchaProfetica](https://www.facebook.com/LaAntorchaProfetica)

# El Sábado que Sí sella y el Re-bautismo

Por: John García

*«No hagáis daño a la tierra ni al mar ni a los árboles, hasta que sellemos a los siervos de nuestro Dios en sus frentes.» — Apocalipsis 7:3*

Hemos estado estudiando, conforme a Apocalipsis capítulo 7, la visión profética que indica que en el tiempo presente estaban a punto de soltarse los cuatro vientos de destrucción, siendo enviado un ángel para ordenar a los cuatro ángeles que los retuviesen mientras el remanente del pueblo de Dios era sellado. Hemos analizado que esto es análogo a lo ocurrido en las plagas de Egipto, donde el sello de la sangre del cordero era para salvación. Estudiamos también que el sello se halla en la ley, según Isaías 8, y que el sello de la ley es el cuarto mandamiento; que conforme a Éxodo 20:8-11, el sábado sellador es la observancia y santificación del séptimo día para Jehová, quien creó todas las cosas. Sabemos que allí se refiere a Jesucristo, que creó todo por orden de su Padre y con el poder del Espíritu Santo como aliento. Ese sello, ese sábado y esa ley son los que deben estar escritos en nuestra frente, tal como está en el mandamiento; deben serlo en la letra y en el espíritu. De hecho, hemos estudiado que esto equivale exactamente al nuevo pacto, que dice que Dios escribirá esa ley en nuestras mentes y corazones. Según lo explica el apóstol Pablo en Corintios, esa escritura en nuestra mente la realiza el Espíritu

Santo, no en tablas de piedra, sino en tablas de carne.

## ¿Cuál es entonces nuestra parte en el sellamiento, la del ser humano?

¿Qué tiene que ver esto con el bautismo y con el rebautismo? Lo que podemos afirmar de entrada es que el sellamiento tiene tres etapas: el comienzo, el desarrollo y el fin. Es importante conocerlas, porque para recibir el sello que nos protegerá en el tiempo final necesitamos pasar por las tres. Utilizando la analogía de los estudios en un colegio: necesitamos inscribirnos, estudiar y asistir a clases todos los días, y aprobar la prueba final. Si no llegamos hasta el final o no superamos esa prueba, no recibiremos el sello. Es importante comenzar, avanzar y terminar; y al llegar al fin, ser aprobados, pues también es posible llegar y reprobado.

El comienzo del sellamiento lo encontramos en Hechos de los Apóstoles, capítulo 2, versículos 37 al 41. El versículo 37 describe la reacción del auditorio al concluir el discurso de Pedro en Pentecostés: «Oído esto, fueron compungidos de corazón», es decir, su corazón comenzó a ablandarse de la burla y la incredulidad. Entonces preguntaron a Pedro y a los otros apóstoles: «Varones, hermanos, ¿qué haremos?» Ya habían escuchado el discurso, habían presenciado a los

discípulos recibir el poder del Espíritu Santo y habían escuchado el testimonio de que Jesús de Nazaret es el Mesías, el que Dios ha hecho Señor y Cristo. Pero también era el que ellos mismos habían crucificado, pues Pedro así lo acusa en el versículo 36: «A este Jesús que vosotros crucificasteis, Dios lo ha hecho Señor y Cristo.» La respuesta de Pedro es el versículo 38: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.»

**Aquí está la clave.** Hemos estudiado que por naturaleza traemos el corazón sucio escrito, como dijo Jesús en Mateo 15: del corazón salen los malos pensamientos. El corazón no está en neutro ni en blanco; tiene escritura, pero esa escritura es pecado. ¿Cómo entonces va a escribir Dios su ley, su sello, en nuestros corazones, si ya están llenos? Si un cuaderno está lleno de escritura no se puede escribir nada más en él a menos que se borre lo anterior. Eso es precisamente el perdón de los pecados: borrar y limpiar esa mente del pecado escrito. Y el Espíritu que recibamos no solo nos dará el don, sino que comenzará a escribir la ley en nuestra mente, comenzará a escribir el sábado en nuestra mente. Y escribir el sábado significa comenzar a sellarnos.

El inicio del sellamiento comienza, pues, cuando nos arrepentimos de nuestros pecados y procedemos al bautismo. El bautismo es un rito establecido para simbolizar que yo muero como murió Cristo, soy sepultado en las aguas y resucito a una vida nueva. Para ser sepultado debo morir, y eso es el arrepentimiento: morir a la antigua vida, renunciar a los

pecados que estaban escritos en nuestra mente y corazón. El arrepentimiento es del pecado, y pecado es transgresión de la ley. El sello está en la ley y justamente el pecado consiste en transgredir esa ley; de modo que el arrepentimiento que hacemos es de haber transgredido la ley. Así, cuando me arrepiento, confieso mis pecados, los abandono, voy y me bautizo en el nombre de Jesucristo, recibo el perdón de los pecados y el don del Espíritu Santo. Esto es una promesa, como lo confirma el versículo 39: «Para vosotros es la promesa y para vuestros hijos.» Indudablemente, el que se arrepiente de sus pecados y se bautiza recibe perdón y recibe el don del Espíritu Santo.

De hecho, el contexto habla del Pentecostés, pero este no fue el único derramamiento del Espíritu Santo. También aparece un derramamiento en Hechos capítulo 4; aparece otro cuando Felipe va a Samaria, predica y bautiza, pero como aquellos no habían recibido el Espíritu Santo, llegaron Pedro y Juan, les impusieron las manos y lo recibieron, porque hay una distinción en la obra: los diáconos pueden predicar y bautizar, pero hace falta también la obra de los apóstoles y pastores para que llegue el Espíritu Santo. Otro caso es el de Cornelio: Pedro fue a predicar y también recibieron el Espíritu Santo.

Sin embargo, hay un caso en que personas fueron bautizadas y no recibieron el Espíritu Santo, lo cual evidenció que no habían realmente comenzado el proceso del sellamiento. Ese caso es el de Hechos 19. Pablo llegó a Éfeso y halló ciertos discípulos. En el capítulo anterior, el 18, se puede

leer que antes de Pablo había pasado Apolos por Éfeso predicando lo que él sabía hasta ese momento. El versículo 25 de ese capítulo refiere que Apolos solo había sido enseñado en el bautismo de Juan. Entonces Apolos llegó a Éfeso y predicó lo que sabía, solamente hasta el bautismo de Juan, y bautizó a los efesios con ese bautismo.

Cuando llega Pablo (Hechos 19:1), encuentra a esos discípulos. Eran discípulos del mensaje, bautizados por Apolos con el conocimiento que Apolos les había predicado, pero no tenían el Espíritu Santo. Pablo les pregunta: «¿Habéis recibido el Espíritu Santo después que creísteis?» Esta es la pregunta clave. Pablo vio que eran discípulos pero que no tenían el Espíritu Santo, no porque leyeran los corazones y las mentes, sino por su forma de actuar: no tenían los dones del Espíritu. Desde el Pentecostés habían pasado varios años y se sabía que lo que Pedro había predicado se cumplía siempre: el que se arrepentía y se bautizaba recibía el Espíritu Santo y con él los dones. En Pentecostés recibieron el don de lengua, y también Cornelio lo recibió. Estos hermanos, en cambio, no tenían ningún don espiritual.

Cuando Pablo les preguntó si habían recibido el Espíritu Santo, respondieron: «Ni hemos oído que hay Espíritu Santo.» Habían conocido solamente el mensaje de Juan según lo predicó Apolos. Por tanto, no conocían la fe de Jesús, ni tenían el conocimiento del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. En su concepto creían con el concepto que tenía Juan y que tenía el pueblo en general, los judíos; en cierto punto podríamos decir que eran unicitarios: creían solamente que había Dios. Los judíos, cuando Jesús vino, no sabían

que Dios tenía un Hijo, no por falta del conocimiento de las Escrituras —pues desde Génesis 1, Proverbios 8, el Salmo segundo, Miqueas 5 y otros textos se habla de que Dios tiene un Hijo que engendró literalmente—, sino porque se habían dejado guiar por sus dirigentes y eran ignorantes de esa verdad. Juan el Bautista sabía de la venida del Mesías, pero tampoco sabía de esto. De hecho, una de las últimas cosas que aparece de testimonio de Juan en las Escrituras es que dudó, o al menos le faltó certeza, de que Jesús, su primo, era el Cristo, pues mandó a preguntarle. Y fue Jesús quien sistemáticamente respondió no solo a Juan, sino también a sus propios discípulos: «¿Quién dicen los hombres que soy yo?» «Que eres un profeta.» «¿Y ustedes, quién creen que soy?» Fue entonces cuando Pedro dijo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.»

Ese era el concepto de los discípulos de Éfeso. Fueron bautizados, pero no en el bautismo de Jesús: los bautizaron en el bautismo de Juan, que era un bautismo de arrepentimiento, no de fe. Así lo establece Pablo en Hechos 19: cuando les pregunta en qué fueron bautizados y ellos responden «en el bautismo de Juan», Pablo marca la diferencia: «Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyesen en el que había de venir después de él, esto es, en Jesús el Cristo.» Si hubiesen sido bautizados en el bautismo de Jesús, habrían escuchado en ese bautismo que hay Espíritu Santo, porque Jesús mandó bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Su respuesta demuestra que su bautismo no fue en el nombre de Jesús. «Oído esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús.» Así recibieron dos bautismos: el primero, el de Juan; el segundo, el del

nombre del Señor Jesús. Esta experiencia es la prueba bíblica del segundo bautismo o rebautismo.

## ¿Y cuándo se necesita un rebautismo?

Cuando las personas han recibido un bautismo, pero no han comprendido bien ni la ley ni el Dios de la ley. Antes de avanzar conviene leer el versículo 6: «Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo, y hablaban en lenguas y profetizaban.» Dos dones. Y aquellos discípulos de Éfeso eran doce, según el versículo 7, sin contar mujeres y niños; como los doce discípulos de Jesús.

Aquí la pregunta es: ¿por qué tuvieron que ser bautizadas de nuevo estas personas? Porque su bautismo era incompleto. ¿Era válido el bautismo de Juan? Sí, Dios mandó a Juan a bautizar. Pero era incompleto, y el resultado de ese bautismo incompleto fue la ausencia del Espíritu Santo. La incompletitud residía en que Jesús había ordenado bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y a estos discípulos les faltaba conocer a Dios en esa plenitud —el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo— y les faltaba la fe de Jesús. Pablo categoriza el bautismo de Juan como un bautismo de arrepentimiento; pero cuando Pedro, en Hechos 2:38, responde a la multitud, dice: «Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo.» Es decir, el bautismo de Jesús incluye el arrepentimiento, pero también incluye la fe; es un bautismo de arrepentimiento y de fe. Al bautismo de Juan le falta la fe de Jesús y, además, una comprensión completa de lo que dice la ley, porque en el caso que aquí se

analiza, el sello del sábado consiste en conocer al creador: el Padre por medio de su Hijo. Cuando los 144.000 completan su sellamiento, en sus frentes se ve el nombre del Padre y del Hijo. Evidentemente, el sábado que los selló es un sábado que los llevó a conocer y a tener comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo.

Pero hay casos en que hace falta un rebautismo. Elena de White, en *Sketches from the Life of Paul* (1883), comentando precisamente esta experiencia de Hechos 19, escribe lo siguiente: «Hay muchos que hoy en día inconscientemente han violado uno de los preceptos de la ley de Dios.» El contexto de esa afirmación se refiere a personas que ya son cristianas, evangélicas o protestantes, a quienes está llegando el mensaje adventista pionero y original. Se hace este énfasis porque el mensaje adventista original es el que habla del sábado como sello dado para Jehová, es decir, para el Padre por medio de su Hijo, que creó todas las cosas con el Espíritu Santo como poder creador; no habla de Trinidad.

## Tomando el caso de Elena de White:

Ella nació en un hogar metodista. La Iglesia Metodista es doblemente protestante o doblemente reformada, pues es una reforma de la reforma anglicana: los anglicanos se separaron de la Iglesia Católica conservando muchas cosas, y luego John Wesley hizo una reforma de esa reforma, de la que surgió el metodismo. Ella creció en ese hogar. Al escuchar las predicaciones de Miller y ver que Jesús venía, quiso bautizarse y lo hizo en la iglesia metodista. Ese fue su primer bautismo.

Eramos doce catecúmenos, y fuimos al mar para que nos bautizaran. Soplaban un fuerte viento y las encrespadas olas barrían la playa; pero cuando cargué esta pesada cruz, mi paz fue como un río. Al salir del agua me sentí casi sin fuerzas propias, porque el poder del Señor se asentó sobre mí. Sentí que desde aquel momento ya no era de este mundo, sino que, del líquido sepulcro, había resucitado a nueva vida. Aquel mismo día por la tarde fui admitida formalmente en el seno de la Iglesia Metodista. NBEW 27.4-NBEW 28.1

La Iglesia Metodista la bautizó en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; pero el Padre del que hablan los metodistas es el Dios trinitario, un Dios sin parte, cuerpo ni forma, tal como aparece en el credo metodista, en su confesión de fe. Además, esa confesión de fe establece que el día de reposo es el domingo, no el sábado. Ese fue el bautismo que recibió Elena de White en la iglesia metodista a sus aproximadamente dieciséis o diecisiete años.

## ¿Qué pasó después?

Ella, como muchos protestantes, recibió su bautismo y esperó el regreso de Jesucristo en la venida del 44, en el mensaje de Miller. Jesús no vino. Ella recibió la primera visión en diciembre del 44, aproximadamente dos meses después del chasco. En el 46 comenzó a conocer la verdad del sábado, que le predicó José Bates, y comenzaron a guardarlo. Por esa misma época se casó con James White. James White testimonia que luego ella se rebautizó: cuando entendieron la verdad del sábado, se rebautizaron. El propio James dice que él mismo rebautizó a Elena.

Poco después de aceptar la verdad del sábado, Elena White solicitó ser rebautizada—indudablemente en el mensaje del tercer ángel. *Life Incidents*, página 273, menciona esto en relación con su presentación de las visiones de Elena White: Al recibir el bautismo de mis manos, en un período temprano de su experiencia, cuando la levanté fuera del agua, inmediatamente estuvo en visión. 1BIO 121.4–1BIO 121.5

Tuvo, pues, dos bautismos: uno con los metodistas trinitarios, antes del chasco, y otro con los adventistas sabáticos no trinitarios, siendo su esposo quien la rebautizó.

Tomando este ejemplo de Hechos 19, ella explica y dice: «Hay muchos que hoy en día inconscientemente han violado uno de los preceptos de la ley de Dios.» ¿Quiénes son? Los protestantes y evangélicos que fueron bautizados arrepintiéndose de todos los pecados que conocían hasta ese momento; sus pecados confesados fueron perdonados y se bautizaron. Pero su bautismo fue incompleto. ¿Por qué fue incompleto? La cita continúa: «Cuando el entendimiento ha sido iluminado y las exigencias del cuarto mandamiento son presentadas con fuerza ante la conciencia, se ven a sí mismos como pecadores ante la vista de Dios.» Ella está describiendo lo que les sucedió a muchos de los primeros adventistas, que venían de sus respectivas iglesias: Elena era metodista, José Bates era bautista, James White era de la conexión cristiana. La mayoría de ellos no eran incrédulos que llegaron de repente al mensaje adventista; eran personas bautizadas en sus iglesias, o que se bautizaron por el mensaje de Miller en esas mismas iglesias. Pero cuando llegó la verdad del sábado, hubo

una oleada de rebautismo. La razón que aquí se explica es que las exigencias del cuarto mandamiento se presentaron con fuerza ante la conciencia. ¿Y qué exige el cuarto mandamiento? Que se santifique el día séptimo para Jehová. Entonces, al ver que estaban transgrediendo el sábado, se vieron como pecadores, porque la Biblia dice que el pecado es transgresión de la ley, y quien guarda toda la ley pero ofende en un punto es culpable de todos.

Dice la cita: «El honesto buscador de la verdad no presentará la ignorancia de la ley como excusa por la transgresión. La luz estaba a su alcance. La palabra de Dios es sencilla. Cristo ha ordenado escudriñar las Escrituras.» El argumento de que no se sabía no elimina la transgresión. Si alguien no sabe que está transgrediendo la ley, aquello que hace sigue siendo transgresión de la ley. La reacción correcta, según el versículo que dice «el que encubre sus transgresiones no prosperará, pero el que las confiesa y se aparta alcanzará misericordia», es que el honesto no presenta excusa. La cita continúa: «Reverencia la ley de Dios como santa, justa y buena», como dice Pablo en Romanos 7, «y se arrepiente de su transgresión.» En el caso de quienes vienen del mundo evangélico, se arrepienten de no haber guardado el sábado.

Pero resulta que la Iglesia Adventista corporativa es también como los evangélicos, porque es una iglesia hermana de ellos. Aunque conserva el día correcto del sábado, ha vuelto atrás hacia el Dios del domingo en la Trinidad. Así como la Iglesia Católica le quitó el sello a la ley cambiando el día y el Dios del sábado, la Iglesia Adventista también le quitó el sello a la ley al

quitarle el nombre del Dios verdadero del sábado. Es más, la Iglesia Adventista no solo cambió el Dios del sábado —el Dios que tenían los pioneros es distinto al Dios que tienen hoy—, sino que también cambió el voto bautismal: el pacto bautismal fue cambiado en 1941. Quienes fuimos bautizados en la corporación lo fuimos guardando el sábado y con la fórmula de Mateo 28:19, pero con el entendimiento de un Dios que no es el que allí está, y con un voto bautismal trinitario que corresponde a un dios falso. A partir de ese momento todos los bautizados en esa institución hemos sido bautizados como los metodistas o como los protestantes: continuando ignorantemente en la violación de un mandamiento, recibiendo un sábado que no sella.

Por eso dice la cita: «El honesto buscador de la verdad no presentará la ignorancia de la ley como excusa.» Y más adelante: «Su primer bautismo no lo satisface. Ahora se ha visto pecador condenado por la ley de Dios; ha experimentado de nuevo la muerte al pecado y desea ser sepultado otra vez con Cristo por medio del bautismo para poder levantarse y andar en novedad de vida.» El primer bautismo no satisface, no porque sea un bautismo inválido o de apostasía, sino porque es incompleto: es como el bautismo de los de Éfeso, un bautismo de arrepentimiento pero sin fe, en el que tampoco hubo un arrepentimiento completo porque el cuarto mandamiento no había sido honrado correctamente. Sí se santificaba el sábado, pero no para Jehová, sino para la Trinidad. Éxodo 20:8-11 dice claramente: «Santifícalo para Jehová.» La cita concluye: «Una conducta tal se halla en armonía con el ejemplo de

Pablo al bautizar a los conversos judíos. Ese incidente fue registrado por el Espíritu Santo como una lección instructiva para la iglesia.» Esto quedó establecido en la Biblia para nosotros como lección porque será necesario que mucha gente se rebautice para que comience su sello.

El primer bautismo, sea que se haya realizado en una iglesia protestante o en una iglesia adventista corporativa, nos ha acercado a Dios; no es un bautismo malo ni falso, sino incompleto e insuficiente. Nos ha traído ante Dios, pero no nos ha introducido en el sellamiento. El sellamiento significa que se escribe el sábado; es ser llevado de vuelta al Creador de todo. Eso no fue lo que se nos hizo cuando nos hicimos adventistas corporativos: no se nos enseñó del creador verdadero, sino de un falso creador llamado Trinidad. Se nos acercó a Dios, sí, pero no comenzó el sellamiento.

El rebautismo es, por tanto, necesario para que se inicie el sellamiento de los siervos de Dios. Los pioneros se rebautizaron y así comenzaron su sellamiento. Volviendo al ejemplo de Elena de White: ¿cuándo comenzó ella a ser sellada? No en el primer bautismo, sino en el segundo, cuando se rebautizó en el mensaje verdadero, en el sábado verdadero, conociendo al Dios verdadero. Lo mismo sucedió con todos los primeros. Nosotros estamos en la misma situación, porque nacimos espiritualmente en una iglesia de nombre adventista, pero de doctrina prácticamente protestante.

Esto se comparte para que quienes ya han hecho su rebautismo puedan reafirmar su camino, verificarlo con la Escritura y ver su relación con el

sellamiento; y también para que aquellos hermanos que aún no han realizado el rebautismo en el sábado verdadero, bajo el Dios verdadero y bajo la fe verdadera, entiendan que lo necesitan: para comenzar a ser sellados. Y recuérdese por qué necesitamos ser sellados: Apocalipsis 7:3-4 dice: «No hagáis daño a la tierra ni al mar ni a los árboles hasta que sellemos a los siervos de nuestro Dios en sus frentes. Y oí el número de los sellados: 144.000, de todas las tribus de los hijos de Israel.» Doce mil de cada tribu, es decir, de todos los diferentes grupos cristianos solamente será sellado un remanente: el que acepte el sello.

## ¿Y cómo comienzo a ser sellado?

Siendo rebautizado en el nombre del Padre, del Hijo literal y del Espíritu Santo literal, que es el Dios del sábado verdadero, tal como está escrito en la ley, y por medio de la fe de Jesús poder vivir cada uno de los mandamientos, recibiendo la justicia de Cristo que se manifiesta en la obediencia a todos y cada uno de los mandamientos de Dios. Es un llamado: para los que ya lo han hecho, una reconfirmación; para los que no, una invitación a estudiar, revisar y, si desean comenzar a ser sellados, decir como los que estaban en Pentecostés:

## «¿Qué haremos?»

La respuesta es la misma: arrepentíos y bautizaos para que sea perdonado el pecado que faltó ser perdonado en el primer bautismo —el pecado de la adoración falsa—, y así podréis también recibir el don del Espíritu Santo y comenzar la obra del sellamiento en tu vida.

# FORMA SUTIL DE AUTOENGAÑO

*Por el anciano Freddy F. Bastidas*

“Dos hombres subieron al templo a orar... el uno fariseo, y el otro publicano.” (Lucas 18:10)

## Introducción

Uno de los peligros más sutiles dentro de la vida cristiana no es el pecado evidente, sino aquel que se disfraza de piedad. El espíritu farisaico no se presenta como rebeldía abierta contra Dios, sino como una forma de religión aparentemente correcta, pero profundamente desviada en su esencia.

En los días de Cristo, los fariseos representaban el más alto estándar religioso. Sin embargo, fueron también los más severamente reprendidos por el Señor:

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!”  
(Mateo 23:27)

Este mismo espíritu no ha desaparecido. Por el contrario, sigue manifestándose hoy, muchas veces en formas difíciles de detectar, precisamente porque se asemeja al cristianismo auténtico.

Por ello, identificarlo requiere un examen honesto y profundo del corazón.

## Confianza en los propios méritos

El rasgo más característico del espíritu farisaico es la autojustificación.

“Dijo también a unos que confiaban en sí mismos como justos...”  
(Lucas 18:9)

Este espíritu se manifiesta cuando la persona comienza a encontrar seguridad espiritual en sus propias obras:

- Su obediencia externa
- Su conocimiento doctrinal
- Su fidelidad en prácticas religiosas

El centro deja de ser Cristo y pasa a ser el “yo”.

Se cumple entonces una condición peligrosa descrita en Apocalipsis:

“Tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad...”  
(Apocalipsis 3:17)

Cuando el hombre cree que no necesita nada, deja de buscar al Salvador.

## El desprecio hacia los demás

La autojustificación inevitablemente produce una visión distorsionada del prójimo.

El fariseo de la parábola oraba así:

“Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres...”

(Lucas 18:11)

El problema no era solo lo que hacía, sino cómo se comparaba.

Este espíritu se evidencia cuando:

- Surge una actitud de superioridad espiritual
- Se mide a otros con dureza, pero a sí mismo con indulgencia
- Se usa la verdad para elevarse, no para humillarse

La Escritura advierte:

“El que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña.”

(Gálatas 6:3)

## **La trampa de la comparación**

El espíritu farisaico siempre necesita un punto de referencia inferior. Se alimenta de comparaciones humanas.

- Si se compara con otros, se siente justo
- Si se compara con Cristo, descubre su necesidad

“Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios.”

(Romanos 3:23)

La verdadera medida no es el hombre, sino Cristo.

## **La obsesión con los pecados ajenos**

Una de las manifestaciones más claras es la tendencia a enfocarse en los errores de otros.

Jesús confrontó este problema directamente:

“¿Por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano...?”

(Mateo 7:3)

El corazón farisaico:

- Detecta fácilmente las faltas ajenas
- Medita en ellas
- Se escandaliza de ciertos pecados

Pero ese mismo proceso alimenta una falsa sensación de justicia propia.

## **Una oración sin necesidad real**

El fariseo oraba, pero no pedía. Su oración era una declaración de sí mismo.

“Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos...”

(Lucas 18:12)

No había clamor, no había dependencia, no había necesidad.

En contraste, el publicano dijo:

“Dios, sé propicio a mí, pecador.”

(Lucas 18:13)

La diferencia no estaba en la forma externa, sino en el corazón.

“Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos.”

(Mateo 9:12)

El que no se reconoce enfermo, no busca sanidad.

## **Lo externo por encima de lo interno**

El espíritu farisaico puede mantener una conducta correcta externamente, mientras el interior permanece sin transformación.

Cristo lo expresó con claridad:

“Limpias lo de fuera del vaso... pero por dentro está lleno de robo y de injusticia.”

(Mateo 23:25)

La verdadera religión no se limita a lo visible:

“El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón.”

(1 Samuel 16:7)

## **Un llamado a examinar el corazón**

El peligro del espíritu farisaico radica en que puede coexistir con una vida religiosa activa.

Se puede:

- Asistir a la iglesia
- Conocer la verdad
- Practicar disciplinas espirituales

Y aun así estar lejos de una verdadera dependencia de Cristo.

Por eso la Escritura llama a un examen personal:

“Examínese cada uno a sí mismo...”

(2 Corintios 13:5)

La señal más clara de este espíritu no es la falta de religión, sino la sensación de superioridad espiritual.

## **Conclusión**

El remedio no es abandonar la verdad, sino regresar al fundamento correcto:

“Justificados gratuitamente por su gracia...”

(Romanos 3:24)

Reconocer que todos estamos hechos del mismo material, que todos dependemos de la misma gracia, y que sin Cristo nada somos.

“Separados de mí nada podéis hacer.”

(Juan 15:5)

La verdadera experiencia cristiana no produce orgullo, sino humildad.

No produce comparación, sino compasión.

No produce autosuficiencia, sino dependencia.

Y allí, en ese reconocimiento, el alma vuelve a su lugar correcto:

Dependiendo completamente de Cristo.

**F. F. B.**

# EL FUNDAMENTO DE LA IGLESIA

JOHN GARCIA

El sistema de filosofía intelectual y el fundamento de la iglesia

*«Cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato que edificó su casa sobre la arena.» — Mateo 7:26*

El presente estudio continúa avanzando en la historia jamás contada de la Iglesia Adventista, tomando como hilo conductor la cita profética que se ha mantenido a lo largo de toda esta serie de estudios. Se encuentra en Mensajes Selectos, tomo 1, página 238, y dice lo siguiente: «El enemigo de las almas ha procurado introducir la suposición de que había de realizarse una gran reforma entre los adventistas del séptimo día, y que esa reforma consistiría en renunciar a las doctrinas que están en pie como las columnas de nuestra fe y que había de comenzar un proceso de reorganización.»

Esta profecía habla de una obra del enemigo, una suposición, una idea que se estaba introduciendo y que cobró forma hasta gestarse. La supuesta reforma no consistiría en pasar de lo malo a lo bueno, sino en dos puntos concretos: primero, renunciar a las doctrinas que son columnas de la fe; segundo, iniciar un proceso de reorganización. Si dicha reforma se efectuara, los resultados serían los siguientes: los principios de verdad que

Dios en su sabiduría ha dado a la iglesia remanente serían descartados; la religión sería cambiada; los principios fundamentales que han sostenido la obra durante los últimos cincuenta años —desde 1854 hasta 1904— serían considerados error; se establecería una nueva organización; se escribirían libros de nueva orientación; se introduciría un sistema de filosofía intelectual. Los fundadores de ese sistema irían a las ciudades y harían una obra maravillosa. Se tendría poco en cuenta el sábado, el sello, y también al Dios que lo creó. Se procuraría que nada se interpusiera en el camino del nuevo movimiento. Los dirigentes enseñarían que la virtud es mejor que el vicio, pero habiendo puesto de lado a Dios, resolverían depender del poder humano, que no tiene valor sin Dios. Su fundamento estaría edificado sobre la arena.

Esta última frase es clave. Edificar sobre la arena es la imagen que Jesús utiliza en Mateo 7, al concluir el Sermón del Monte: cualquiera que oye sus palabras y no las hace es comparado a un hombre insensato que edificó su casa sobre la arena, contra la cual descendieron lluvias, vinieron ríos, soplaron vientos y fue ímpetu sobre ella, y grande fue su ruina. La profecía del Espíritu de Profecía afirma que el fundamento de la apostasía omega estaría edificado sobre la arena; Elena de White misma dejó constancia de que

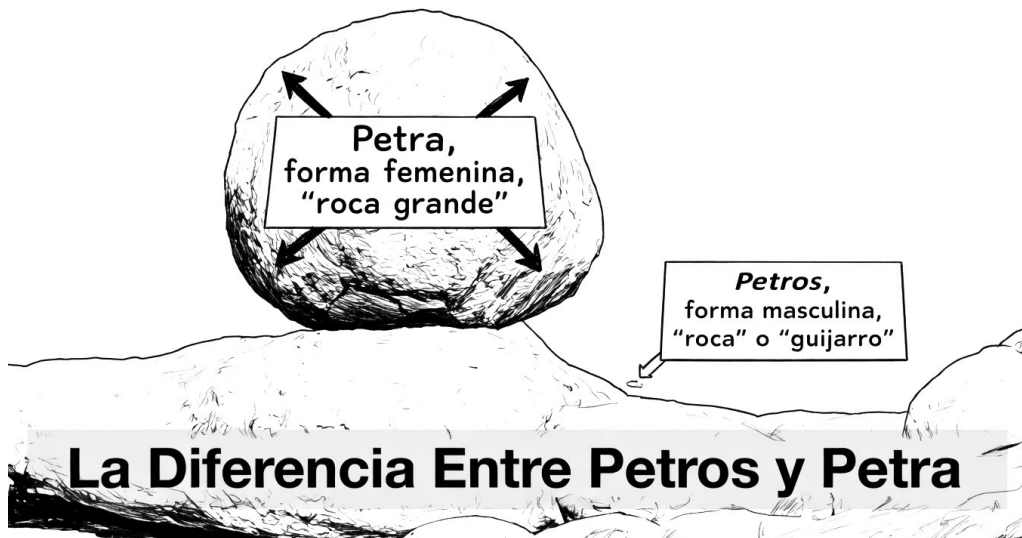
quedó asombradísima ante la naturaleza de estas cosas, pues sabía que la apostasía omega seguiría poco después de la apostasía alfa. La revisión histórica de la Iglesia Adventista que se ha venido realizando en estos estudios busca verificar si esta profecía se ha cumplido.

Para comprender correctamente la apostasía alfa y omega, y cómo se ha estado cumpliendo el sistema de filosofía intelectual, es necesario refrescar el concepto bíblico del fundamento de la iglesia. A veces los conceptos se van desdibujando por la influencia de hermanos con quienes se convive, o por escuchar a predicadores que no están en la verdad presente, y esos argumentos confunden y tambalean. De ahí la importancia de recordar.

El fundamento de la iglesia aparece en Mateo capítulo 16. Jesús, en Cesarea de Filipo, pregunta a sus discípulos:

«¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?» La pregunta es sobre su identidad, porque en función de la identidad que se tenga de Jesucristo se oirán y harán sus palabras, o se oirán y no se harán. Los discípulos responden que unos dicen que es Juan el Bautista, otros que Elías, Jeremías o alguno de los profetas. Entonces Jesús les pregunta directamente: «Y vosotros, ¿quién decís que soy?» El mundo piensa que Jesús es un profeta; la pregunta es qué creen sus propios discípulos. Respondiendo Simón Pedro dijo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.» Aunque la pregunta fue hecha a todos los discípulos, Pedro se adelantó y respondió; Jesús no esperaba que solo Pedro lo hiciera, sino que todos tuviesen esa convicción.

Jesús le responde: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre.» No es una revelación que venga del dogma ni de la tradición; no se encuentra en el griego,



en el hebreo ni en las variantes textuales; no se obtiene por la erudición. Sino mi Padre que está en los cielos. Es una revelación espiritual, y Jesús la afirma como algo de bienaventuranza. Habiendo Pedro identificado a Jesús, Jesús identifica a Pedro: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

Este versículo ha sido mal interpretado. El texto dice: tú eres Petros y sobre esta Petra edificaré, confundiendo Petros con Petra. Pero además el contexto lo niega, porque Jesús viene preguntando desde atrás sobre su propia identidad, no sobre la identidad de Pedro. Cuando Jesús dice «tú eres Pedro» y luego «sobre esta piedra», pasa de un «tú» — que se refiere a Pedro— a un pronombre demostrativo «esta», que hace referencia a otra cosa que no es Pedro. Si Jesús estuviese hablando de Pedro como la roca, habría dicho: «Tú eres Pedro y sobre ti edificaré mi iglesia.» No lo dijo así. Dijo «sobre esta», refiriéndose a la confesión, a la identidad: sobre la confesión de quién es Cristo edificaré mi iglesia. La roca es la confesión de la identidad de Cristo. Y el fundamento de esa confesión es que, si verdaderamente se cree que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, sus palabras son infalibles, inerrantes, inspiradas, totalmente normativas, y deben obedecerse sin cuestionarlas y sin dudarlas, porque no hacerlo sería incredulidad, no fe. Ese es el gran punto del versículo y lo que muestra el fundamento de la iglesia.

El versículo 19 continúa: «Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo

lo que ligares en la tierra será ligado en los cielos, y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos.» Aquí sí está hablando de Pedro, al que se le dice «tú» y «ti». Pero la pregunta es si Jesús le dio las llaves solo a Pedro. Para responderla correctamente hay que comparar textos, pues la Biblia se explica a sí misma.

En Mateo 18:15-20, el mismo apóstol recoge una enseñanza de Jesús sobre las controversias entre hermanos. Si un hermano peca contra otro, primero se le reprehende en privado; si no oye, se lleva un testigo; si tampoco oye, se dice a la iglesia. Si no oye a la iglesia, tenlo por gentil y publicano. Y aquí vuelve la misma frase: «De cierto os digo que todo lo que ligareis en la tierra» —en plural, hablando de la iglesia, no de Pedro, no de Juan, ni siquiera de los doce apóstoles como cuerpo— «será ligado en el cielo, y todo lo que desatareis en la tierra será desatado en el cielo.» Y añade: «Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.» El versículo 20 es la definición de lo que es una iglesia: dos o tres congregados en el nombre de Cristo, edificada sobre la confesión de Cristo como el Hijo del Dios viviente. Ese es el mínimo número que conforma una iglesia, y tienen que congregarse regularmente. Congregarse en el nombre de Cristo significa hacerlo bajo la confesión de que Jesús es el Hijo de Dios, literalmente. A esa iglesia, Dios le ha dado la potestad de ligar y desatar en

la tierra. Atar significa ser considerado hermano por la iglesia, miembro del cuerpo de Cristo; desatar significa que la iglesia lo considera gentil y publicano y lo tiene por fuera de la hermandad. Eso es lo que dice la Escritura, sin complicaciones.

Las iglesias apóstatas no aceptan esta interpretación porque han establecido un sistema de filosofía intelectual. El sistema bíblico es lo que está escrito: se cree, y si algo no está claro, primero se busca en el contexto del mismo pasaje —unos versículos antes y después—, y si aún así no se comprende, se buscan textos paralelos que hablen de la misma idea. Lo que Dios inspiró son las ideas, no las palabras: el profeta fue inspirado, su mente fue llena del Espíritu Santo, y él escribió esa inspiración en sus

propias palabras humanas. Por tanto, el estudio de la Biblia por palabras solo alcanza la parte humana; hay que comparar idea con idea, no palabra con palabra. Muchas veces una misma idea está expresada con distintas palabras en distintos textos, y por no tener la misma palabra la gente no las une y se pierde la comprensión. Y también ocurre lo contrario: dos versículos que tienen la misma palabra pero no la misma idea son conectados erróneamente, y de ahí vienen las falsas interpretaciones y las falsas doctrinas.

Esto es lo que es la iglesia desde el tiempo de Cristo, en la Edad Media, en la época reformada protestante y en la fundación de la Iglesia Adventista. Elena de White lo confirma en *Alza Tus Ojos*, página 313: «Dios posee una

**PORQUE DONDE  
ESTÁN DOS O TRES  
CONGREGADOS  
EN MI NOMBRE,  
ALLÍ ESTOY YO  
EN MEDIO DE ELLOS.**

MATEO 18:20  
RVR1960



iglesia. No es una gran catedral, ni es la iglesia oficial establecida, ni las diversas denominaciones.» Una denominación es una iglesia con nombre registrado ante el Estado. Una catedral es un local consagrado específicamente a la Iglesia Católica. Ninguna de esas cosas es la iglesia. ¿Qué es entonces? «El pueblo que ama a Dios y guarda sus mandamientos.» Y cita Mateo 18:20: «Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.»

«Aunque Cristo esté aún entre unos pocos humildes, esta es su iglesia. Pues solo la presencia del alto y sublime que habita la eternidad puede constituir una iglesia. Donde dos o tres que aman y obedecen los mandamientos de Dios están presentes, Jesús los preside, ya sea en un lugar desolado de la tierra, en el desierto, en la ciudad o encerrados en los muros de una prisión.»

La iglesia, pues, no es una catedral, ni una institución oficial, ni una denominación. Es el pueblo que ama a Dios y guarda sus mandamientos, dos o tres congregados en el nombre de Cristo, con la presencia de Cristo, que aman y obedecen sus mandamientos. Y esa iglesia tiene la potestad de las llaves, no Pedro solo. Se le dijo a Pedro porque Pedro era quien estaba hablando, porque Pedro fue quien respondió; pero Mateo 18 muestra, en el mismo libro y del mismo apóstol, que Jesús le dio esa potestad a la iglesia. Las llaves las tenía Pedro como parte de la iglesia. Hoy día Pedro no está vivo; las llaves las tiene la iglesia presente. En el tiempo de Pedro las tenían los apóstoles y los que se unieron con ellos; en este último tiempo las tiene la iglesia: dos o tres que aman a Dios y guarden sus mandamientos. Por tanto, no las tiene la Iglesia Católica, que ni ama a Dios ni guarda sus mandamientos; ni el protestantismo apóstata; ni tampoco el pueblo adventista apóstata, que ha apostatado de las doctrinas, de la organización y de los mandamientos de Dios. El adventismo apóstata le quitó el sello a la ley cuando, en 1931, reconoció oficialmente a un Dios distinto al Dios

del sábado: conservó el día pero cambió al Dios verdadero.

La Iglesia Católica le quitó el sello a la ley de dos maneras: cambió el día, en el Concilio de Laodicea en 369, y cambió el Dios, entre el 325 y el 381. La corporación adventista no le quitó el día, pero sí le quitó el Dios. Y eso encaja exactamente con la profecía leída: «Se tendría poco en cuenta el sábado y al Dios que lo creó.» El sábado no es el fundamento, sino la señal, la señal que evidencia en qué Dios se cree. El sábado, como está escrito, señala al Dios verdadero. Hay un falso sábado dominical y hay también un falso sábado trinitario, porque si se va al mandamiento del sábado, dice: «En seis días creó Jehová.» En la corporación se enseña que en seis días creó la Trinidad. Cambiaron al Dios del sábado sin cambiar el día. Ese sábado no sella porque no tiene el nombre del Padre y del Hijo; quienes guarden ese sábado trinitario hasta el final no serán sellados, porque en lugar del nombre del Padre y del Hijo recibirán el nombre de la Trinidad. Ese es el adventismo apostatado.

Frente a ello, la Escritura en Mateo 5, 6 y 7 muestra lo que la apostasía omega ha rechazado. Mateo 5:48 dice: «Sed perfectos.» El adventismo apostatado ya no cree en la perfección ni hace caso a esa palabra. Mateo 6 habla de la justicia de Cristo, que el adventismo apóstata también ha rechazado. Respecto a la oración, Jesús enseñó: «Ora a tu Padre, Padre nuestro que estás en los cielos»; el adventismo apostatado, como el catolicismo y ciertos grados del

protestantismo, enseña que hay que orarle también al Espíritu Santo, y no acepta que el Padre está en los cielos, sino que dice que está en todas partes. Mateo 7:21-23 advierte: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre lanzamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les protestaré: Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de maldad.» En el texto original, donde dice «obradores de maldad» dice obradores del antinomianismo o anomianismo, es decir, de los que están en contra de guardar perfectamente la ley, lo que Romanos 2:27 también menciona. El adventismo apostatado está también en contra de eso.

Edificar sobre la roca no es simplemente confesar doctrinalmente que Jesús es el Hijo de Dios. Eso es parte del fundamento, pero esa confesión debe traducirse en una fe viva que se expresa en una forma de vida de obediencia a la palabra de Dios: buscar la perfección, orar al Padre, guardar los mandamientos perfectamente, vivir la justicia de Cristo. Cuando alguien, ante un versículo, lo rechaza, busca excusas y combate la palabra, no tiene fe sino incredulidad, y no está fundamentado en el fundamento de Cristo. Ese es justamente el sistema de filosofía intelectual: no creer lo que dice la palabra, sino argumentar, filosofar y debatir; espiritualizar las palabras, no tomarlas como ciertas ni literales, poner en duda la Escritura. Si, por ejemplo, se

le pregunta a alguien si cree que Jesús es el Hijo de Dios, dirá que sí; pero cuando se le explica que si es Hijo nació de Dios en la eternidad, ahí duda, ahí no cree. Su experiencia de fe es pura filosofía: no cita «escrito está», como hizo Jesús, sino que comienza a filosofar y a hacerse eco de los eruditos —el Strong dice esto, el comentario bíblico dice esto, el manual de iglesia dice esto—, y eso son filosofías humanas, no la palabra de Dios.

Avanzando en la historia de la iglesia, se observa que la iglesia verdadera, edificada sobre la roca, también necesita organizarse. Esto ya se ve en Hechos capítulo 1. Cuando Jesús ascendió y los discípulos esperaban el Pentecostés, uno de los primeros actos que realizaron fue organizar la iglesia. Volvieron a Jerusalén y subieron al aposento alto los once apóstoles —Pedro, Jacobo, Juan, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Jacobo de Alfeo, Simón el Celote y Judas hermano de Jacobo—, pues el discípulo número doce, Judas, había apostatado, se había suicidado y muerto. Estaban allí también mujeres, María y los hermanos de Jesús, unos ciento veinte en total.

Pedro se levantó y citó la profecía de los Salmos acerca de Judas: «Sea hecha desierta su habitación, y no haya quien more en ella; y tome otro su obispado.» La interpretación era literal: si su habitación está desierta y no hay quien more en ella, es porque ya no está —por la muerte—, y si otro debe tomar su obispado, quiere decir que el lugar del apóstol número doce debía ser ocupado por alguien más. Las condiciones eran que fuera alguien que hubiese estado



con ellos desde el bautismo de Juan hasta el día en que Jesús ascendió, para que fuera testigo de la resurrección. Señalaron a dos candidatos: José llamado Barsabas —Justo— y Matías. Oraron, pidieron a Dios que mostrase cuál de los dos había escogido para tomar el oficio del ministerio y del apostolado del cual cayó Judas por transgresión. Echaron suertes —modalidad también usada en Levítico 16 con los dos machos cabríos— y la suerte cayó sobre Matías, que fue contado con los once. Este fue un acto de organización: estaban ya edificados sobre Cristo, tenían la confesión de que Jesús era el Hijo del Dios viviente, y procedieron a organizarse.

Esto fue lo último que los discípulos hicieron mencionado en el texto antes de que llegara el Pentecostés. Durante esos diez días estuvieron orando y organizando la iglesia. Habiendo hecho ambas cosas, vino el Espíritu sobre

ellos. Una iglesia empoderada con el objetivo de predicar el evangelio.

La iglesia necesita pasar por etapas. No basta con ser dos o tres que se congregan. Si hay dos o tres en una ciudad pero no se congregan, todavía no son iglesia; deben comenzar a congregarse. No hace falta que esté un pastor para ser una iglesia: dos o tres que se reúnan todos los sábados en el nombre de Cristo, con la confesión del Hijo de Dios como fundamento, ya son una iglesia. Si en una ciudad no hay con quién congregarse, puede hacerse uso del YouTube para congregarse en forma online; pero si hay otra persona de la misma fe con quien reunirse físicamente, ese paso debe darse. Luego sigue el bautismo o el rebautismo —como fue en Hechos 19—; luego la organización para trabajar por los demás; y entonces la recepción del poder del Espíritu Santo, como ocurrió en el Pentecostés de Hechos 2, en Hechos 4, en Samaria y en Éfeso. En cada lugar donde iba el evangelio, cada grupo debía organizarse y recibir el Espíritu Santo.

No hay en la Biblia ni un solo caso de alguien que haya recibido el Espíritu Santo solo; para recibirlo hace falta tener otros dos con quienes congregarse, unirse y organizarse. El orden bíblico es: creer el evangelio, ser bautizados, recibir el Espíritu Santo y cumplir la comisión en el lugar donde se vive.

Este camino es necesario porque la apostasía omega se ha cumplido. El adventismo del séptimo día se ha convertido en un adventismo apóstata: ha renunciado a las doctrinas, se ha reorganizado bajo una organización falsa, bajo doctrinas falsas, bajo un voto bautismal erróneo; ha cambiado los libros; el sistema que impera hoy es un sistema de filosofía intelectual, tal como la educación adventista lo confirma. Se tiene poco en cuenta el sábado. Se tiene poco en cuenta al Dios creador. No se permite que nada se interponga al camino del nuevo movimiento. Todo se ha cumplido. El fundamento está sobre la arena.

Lo que corresponde entonces es restaurar. No se está diciendo que hay que renunciar al adventismo; son ellos quienes han renunciado al adventismo. Lo que toca es restaurar el adventismo original al cual ellos han renunciado: separarse del adventismo apóstata, comenzar las congregaciones del

adventismo original, organizarse y recibir el Espíritu Santo para cumplir la obra que Dios encomendó a la Iglesia Adventista original, que está comenzando a restablecerse porque fue apostatada.

Los llamados para este tiempo son dos: quienes aún no se han rebautizado deben serlo, para que comience el sellamiento verdadero; y todos deben comenzar a

congregarse físicamente, no solo en línea, una cosa sin dejar de hacer la otra. Como dijo Jesús respecto a los diezmos: era necesario diezmar la menta, el eneldo y el comino, sin dejar de hacer lo más importante —la justicia, la misericordia y la fe—. Del mismo modo, la congregación online es necesaria sin dejar de hacer la congregación presencial, porque es en presencia de los vecinos, familiares y conocidos donde debe cumplirse la comisión: darles

estudios bíblicos, visitarlos, orar con ellos, llevarles la palabra, bautizarlos, imponerles las manos y ministrarlos en cuanto hiciera falta. El mandato es que dos o tres se congreguen en su nombre, se rebauticen, se organicen, reciban el poder y sean testigos en Jerusalén, en Samaria y hasta lo último de la tierra. Esta no es una obra del hombre, sino una obra de Dios, y depende de que Dios obre en las mentes y los corazones.



# LA ASCENSION DE

# CRISTO

*Migdalia Carpio*



*«Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos.» — Hechos 1:9*

El libro de los Hechos de los Apóstoles fue dirigido a Teófilo, nombre que significa «amante de Dios» o «amado de Dios». Según Hechos 1:1, Lucas le indica que en su primer tratado había consignado todo lo que Jesús comenzó a hacer y enseñar. Este primer tratado corresponde al Evangelio de Lucas, en cuyo capítulo 1, versículo 3, el mismo autor declara haberle escrito a Teófilo un relato ordenado de los hechos que conocía con diligencia. Así, Lucas dirigió a esta persona dos obras complementarias: en la primera, narró la vida y obra de Jesucristo; en la segunda, los hechos de los apóstoles.

El escritor de ambos libros es, por tanto, Lucas. Su propósito en el Evangelio fue presentar un relato ordenado de todo lo que Jesús hizo y enseñó hasta el día de su ascensión, habiendo dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que escogió (Hechos 1:1-2). En cuanto a la cronología, Lucas ofrece posiblemente el registro más cuidadoso, pues ese fue precisamente su objetivo declarado.

Ahora bien, el hecho de que Lucas afirme haber registrado «todas» las cosas no implica que transcribiera palabra por palabra cada acto y enseñanza de Jesús, lo cual habría sido imposible. Según Juan

21:25, lo que Jesús dijo y realizó excede en mucho lo que los evangelistas consignaron. No obstante, esto no significa que existan verdades doctrinales que Jesús enseñó y que hayan quedado fuera de las Escrituras. Los apóstoles y escritores bíblicos hicieron un esfuerzo deliberado por dejar constancia de todo lo necesario para la salvación. Como el mismo Pablo declaró de sí mismo en Hechos 20:20, no rehusó anunciar nada que fuera provechoso. Por lo tanto, invocar lo «no escrito» para sostener doctrinas sin respaldo bíblico es una posición insostenible: lo necesario para la salvación está registrado, y lo no registrado no puede probarse.

Después de su resurrección, Jesús se presentó a sus discípulos durante cuarenta días con muchas pruebas indubitables de que estaba vivo, hablándoles acerca del reino de Dios (Hechos 1:3). El número cuarenta tiene un peso significativo en la Escritura: Jesús ayunó cuarenta días y cuarenta noches; el diluvio duró cuarenta días y cuarenta noches; y también cuarenta días permaneció el Señor resucitado entre los suyos antes de ascender. Durante ese tiempo se apareció en diversas ocasiones: a los que pescaban, a los que iban camino de Emaús, a los reunidos en el aposento alto y a más de quinientas personas. En cada aparición les enseñó y les habló del reino de Dios.

Al final de ese período, mientras estaban reunidos, Jesús les dio una orden precisa: que no se fuesen de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, es decir, el bautismo del Espíritu Santo (Hechos 1:4-5). Juan había bautizado con agua, pero ellos serían bautizados con el Espíritu Santo. El Señor mismo había prometido en Juan 14:16-17 y 15:26 que el Padre enviaría al Consolador, el Espíritu de verdad, que ya estaba con ellos y estaría en ellos. El testimonio de que los discípulos conocían y disfrutaban de esa promesa se desprende del propio texto: «vosotros lo conocéis porque está con vosotros y estará en vosotros» (Juan 14:17).

Al término de los cuarenta días, los discípulos le preguntaron: «Señor, ¿restituirás el reino a Israel en este tiempo?» (Hechos 1:6). Esta pregunta revela que, aunque habían avanzado en su comprensión —pues ya entendían que el reino sería instaurado después de los padecimientos del Mesías—, seguían preocupados por cuándo ocurriría. La tradición judía esperaba que Dios gobernara el mundo a través del pueblo de Israel, y los discípulos confiaban en que Jesucristo, como descendiente de la casa de David, era el Mesías que restauraría ese reino. En el fondo, estaban preguntando por el momento en que ellos mismos serían llevados a reinar con él en gloria.

La respuesta de Jesús fue clara: «No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones que el Padre puso en su sola potestad» (Hechos 1:7). El conocimiento del momento exacto pertenece exclusivamente al Padre. Sin embargo, en lugar de esa fecha, Jesús les ofrece algo mejor: el poder del Espíritu Santo para ser sus testigos. Recibirían ese poder y debían ser testigos de él en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta lo último de la tierra (Hechos 1:8). Ser testigos significaba relatar todo lo que habían visto, oído y aprendido de él, y todo

ello lo realizarían gracias al Espíritu prometido.

Esta conversación tuvo lugar durante los cuarenta días, poco antes de la ascensión. Jesús condujo a los discípulos hasta las afueras, hacia Betania. Allí, alzando sus manos, los bendijo; y mientras los bendecía, fue llevado arriba al cielo (Lucas 24:50-51; Hechos 1:9). Una nube lo recibió y lo ocultó de sus ojos. El momento fue completamente visible: todos los presentes fueron testigos de la ascensión.

Mientras miraban al cielo, dos varones vestidos de blanco —ángeles— se pusieron junto a ellos y les dijeron: «Varones galileos, ¿qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús que ha sido tomado de entre vosotros arriba en el cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo» (Hechos 1:10-11). Las palabras de los ángeles tienen varios componentes que merecen atención. En primer lugar, afirman que volverá «este mismo Jesús»: no un semejante, no una figura simbólica, sino él en persona. El apóstol Pablo confirma esto: «El mismo Señor descenderá del cielo con aclamación, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero» (1 Tesalonicenses 4:16).

En segundo lugar, su venida será «de la misma manera» que su ascensión: visible, sobrenatural, sobre las nubes. Mateo 24:30 describe que las tribus de la tierra verán al Hijo del Hombre venir sobre las nubes del cielo con grande poder y gloria. Apocalipsis 1:7 lo ratifica: «todo ojo le verá». No hay base escritural para sostener una venida secreta o invisible. La nube que lo recibió al ascender y que se fue reduciendo hasta desaparecer de los ojos de los discípulos es, según la lección, la misma señal del Hijo del Hombre de que habla Mateo 24:30: cuando esa nube aparezca acercándose y agrandándose, será la señal de su retorno.

El patriarca Job, siglos antes, ya expresaba esta misma certeza: «Yo sé que mi Redentor vive, y que al fin se levantará sobre el polvo. Y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual yo tengo de ver por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro» (Job 19:25-27). Job estaba convencido de que, aunque su cuerpo se disolviera por completo, él resucitaría y vería personalmente a su Redentor.

Cuando los discípulos recibieron la seguridad del regreso de Cristo por parte de los ángeles, obedecieron el mandato que habían recibido: regresaron a Jerusalén desde el monte de los Olivos, que distaba de la ciudad un camino de sábado —distancia corta, conforme a la reglamentación judía para ese día de reposo. Y volvieron no con tristeza, sino con gran gozo (Lucas 24:52). La promesa de su regreso había transformado su duelo en esperanza.

La lección concluye con una reflexión sobre cómo deben considerar la segunda venida quienes aman al Señor. Romanos 5:2 habla de gloriarse en la esperanza de la gloria de Dios; Tito 2:13 llama a esa venida «la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo». El término bienaventurada equivale a «feliz» o «dichoso». Para quien ama a Cristo, la esperanza de su venida no es motivo de vergüenza ni de desánimo frente a quienes cuestionan cuánto tiempo lleva siendo anunciada; es, por el contrario, la mayor y más gozosa de las esperanzas, la que sostiene al creyente en los momentos más difíciles.

La segunda venida no es solo un evento futuro: es la culminación de todo el proceso de salvación que el cristiano ha comenzado. Con la ayuda de Dios, el

creyente va transformando su carácter; pero en el momento de la segunda venida ese proceso alcanzará su clímax definitivo: los muertos en Cristo resucitarán, y los que estén vivos serán transformados en un instante. Así, la segunda venida es el cumplimiento de todas las promesas en las que los creyentes han confiado, el punto culminante de su fe y modo de vida. Por eso la Escritura la llama la esperanza bienaventurada: la más alegre y la más gloriosa de las esperanzas cristianas.

## **El Descenso del Espíritu Santo**

*«Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad.» — Juan 16:13*

Tras la ascensión de Cristo, los discípulos obedecieron el mandato que él les había dado: no alejarse de Jerusalén hasta recibir la promesa del Padre. Regresaron del monte de los Olivos —a una distancia equivalente al camino de un sábado— y subieron al aposento alto, donde moraban Pedro, Jacobo, Juan y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Jacobo hijo de Alfeo, Simón el Celote y Judas hermano de Jacobo (Hechos 1:12-13). Allí permanecieron juntos en espera de la promesa. Su obediencia fue ejemplar, pues se mantuvieron exactamente como Jesucristo les había indicado.

La reunión no se limitaba a los doce apóstoles. Según Hechos 1:15, el número de los congregados ascendía a aproximadamente ciento veinte personas. La expresión «compañía» evoca un

término de uso militar para designar una tropa numerosa. Se trataba de familiares, amigos y quienes más fielmente habían seguido a Jesús, incluyendo a quienes presenciaron la ascensión.

La promesa se cumplió en el día de Pentecostés (Hechos 2:1). Esta fiesta tenía su origen en Levítico 23:15-16, donde se prescribía contar siete semanas completas a partir del día siguiente al sábado en que se ofrecía la gavilla mecida —es decir, cincuenta días en total—, al cabo de los cuales se presentaba una nueva ofrenda al Señor. De ahí el nombre Pentecostés, que en griego alude al día número cincuenta. Jesucristo murió el día 14 del mes de Nisán, que era el día de la Pascua; resucitó el día 16, que correspondía a la ofrenda de la gavilla mecida, cuando con él resucitaron también algunos que fueron llevados al cielo como primicias de los que habrían de resucitar en virtud de su sacrificio. A partir de ese día 16 se contaban las siete semanas hasta el Pentecostés.

El cálculo de los días que los discípulos permanecieron orando y esperando juntos se deduce sin dificultad. Jesús estuvo entre los suyos cuarenta días después de resucitar, y en el día del Pentecostés, que marcaba el día cincuenta desde la resurrección, descendió el Espíritu Santo. Por tanto, los discípulos estuvieron reunidos aproximadamente diez días, preparando sus corazones mediante la oración.

El descenso del Espíritu fue acompañado de señales sobrenaturales. Según Hechos 2:2-3, se oyó de repente un estruendo del cielo semejante al de un viento recio que

llenó toda la casa, y aparecieron sobre cada uno de los presentes lo que parecían lenguas repartidas como de fuego. Cabe precisar, tal como lo advierte la nota de la lección, que el texto no dice que vino un viento, sino un sonido como de un viento impetuoso; tampoco dice que fuego se posó sobre los discípulos, sino lenguas como de fuego. Eran comparaciones para describir una experiencia que carecía de referente conocido: como ocurre en Apocalipsis, donde Juan escucha una voz «como estruendo de muchas aguas», los escritores bíblicos describen lo sobrenatural por analogía con lo familiar. Estas lenguas de apariencia ígnea no eran fuego real; quizás se trataba de un resplandor cuya forma o contorno exterior recordaba al de las llamas, de manera similar a como el Espíritu descendió sobre Jesús en el bautismo con apariencia de paloma sin ser una paloma. Por lo demás, este evento no tiene relación con el bautismo de fuego del que habló Juan el Bautista, que según Elena de White, en el contexto de Lucas 3:16, representa la obra purificadora y santificadora del Espíritu Santo en el corazón humano, la cual refina el carácter como el fuego refina el metal.

El don especial impartido en ese momento fue el de hablar en otras lenguas (Hechos 2:4). Los discípulos, sin haberlas aprendido, comenzaron a hablar en idiomas que nunca habían estudiado, lo cual constituía manifiestamente un milagro. Aprender una lengua distinta a la materna requiere tiempo y esfuerzo, y aun así la fluidez no se alcanza con facilidad; los discípulos, en cambio, hablaron otras lenguas de manera

inmediata. Según Primera de Corintios 14:22, las lenguas eran una señal no para los creyentes sino para los incrédulos: quien conocía a Pedro desde su oficio de pescador, sabiendo que nunca había ido a la escuela, y lo escuchaba de repente hablando en un idioma extranjero, no podía sino reconocer que aquello era obra sobrenatural.

En ese momento se encontraban en Jerusalén judíos religiosos procedentes de todas las naciones, reunidos con motivo de la fiesta (Hechos 2:5). La lista de pueblos mencionada en los versículos 9 al 11 —partos, medos, elamitas, habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, Libia junto a Cirene, romanos, cretenses y árabes— ilustra la diversidad lingüística presente. Ya en el momento de la crucifixión se había fijado un cartel en tres idiomas —hebreo, latín y griego— porque la ciudad albergaba hablantes de varias lenguas; en tiempos de la gran fiesta, esa diversidad se multiplicaba.

Cuando el estruendo atrajo a la multitud hacia el lugar donde estaban los discípulos, la reacción del gentío fue progresiva: primero confusión, después perplejidad sin palabras, finalmente asombro (Hechos 2:6-8). Lo que cada oyente escuchaba en su propia lengua no eran palabras ininteligibles, sino las maravillas de Dios (Hechos 2:11). La pregunta que los unos se hacían a los otros era: «¿Qué quiere decir esto?» (v. 12), es decir, cómo interpretar lo que estaban presenciando.

No todos reaccionaron igual. Algunos, que no eran creyentes en Cristo — aunque se trataba de judíos religiosos que habían venido a la fiesta—, se burlaban diciendo que los discípulos estaban llenos de mosto, es decir, que estaban ebrios (v. 13). Pedro respondió con una sencilla apelación a la lógica: era la hora tercia del día, las nueve de la mañana, demasiado temprano para que alguien pudiera estar en ese estado. El argumento paralelo de Primera de Tesalonicenses 5:7, que señala que quienes duermen y se embriagan lo hacen de noche, refuerza la evidencia. Esta negación frente a lo evidente ilustra lo que ocurre cuando alguien, teniendo ante sí la verdad, prefiere no reconocerla para no verse obligado a cambiar.

Además de refutar la burla, Pedro declaró que lo sucedido era el cumplimiento de la profecía del Joel (Hechos 2:16). El contenido de dicha profecía, citada en los versículos 17 al 21, anuncia que en los postreros días Dios derramará su Espíritu sobre toda carne: los jóvenes y las jóvenes profetizarán, los ancianos soñarán sueños, los jóvenes verán visiones, y tanto siervos como siervas recibirán el Espíritu. Se anuncian también prodigios en el cielo y señales en la tierra —sangre, fuego y vapor de humo—, el oscurecimiento del sol y la luna, y la salvación de todo aquel que invoque el nombre del Señor. La profecía no se refiere a un único momento puntual, sino a una época; a partir del derramamiento del Espíritu Santo, el pueblo de Dios tiene el privilegio de profetizar, soñar sueños y tener visiones. Las señales celestes mencionadas sirven de anclaje cronológico. Para el apóstol

Pedro, la profecía de Joel era ya presente: estaban viviendo el derramamiento del Espíritu.

En cuanto al propósito de los dones del Espíritu, Efesios 4:11-13 enseña que Dios los otorga para la perfección de los santos, la obra del ministerio y la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos alcancen la unidad de la fe y el conocimiento del Hijo de Dios, llegando a la medida de la plenitud de Cristo. Primera de Corintios 12:7 añade que a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho. Los dones, pues, sirven tanto al crecimiento individual como al de la iglesia como cuerpo; y cada miembro del cuerpo cumple una función distinta, pero todas se complementan.

Sobre cuántos miembros de la iglesia han de recibir el Espíritu, la respuesta de Primera de Corintios 12:7-13 es inequívoca: todos han bebido de un mismo Espíritu, aunque no todos reciban los mismos dones. El Espíritu reparte a cada uno según su voluntad (v. 11). Los dones listados en los versículos 28 al 30 —apóstoles, profetas, maestros, facultades, sanidades, ayudas, gobernaciones, géneros de lenguas— se distribuyen diversamente entre los miembros, de modo que la iglesia en su conjunto posee la totalidad de los dones, sin que una sola persona los tenga todos. La lección señala además que en el día de Pentecostés solo se manifestó el don de lenguas, lo cual no agotó la profecía de Joel; otros dones se han manifestado en distintos momentos, y a medida que se acerque el fin se manifestarán todos a la vez. En todo caso, el don que todo

creyente puede poseer es el de ayudar o ministrar. El capítulo 13 de Primera de Corintios, que viene a continuación del listado de dones, exalta el amor por encima de cualquier otro: sin amor, ningún don tiene valor. La motivación correcta es, por tanto, inseparable de los dones mismos.

Respecto a la duración de la predicación del evangelio, Mateo 24:14 establece que este evangelio del reino será predicado en todo el mundo por testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin. No existe un número de años estipulado; la señal es el alcance universal de la proclamación. Conforme se acerca el fin, la oposición a la verdad también se intensifica: Segunda de Tesalonicenses 2:9-10 habla de un inicuo que opera según el poder de Satanás con señales y prodigios mentirosos, y Segunda de Timoteo 3:13 advierte que los hombres malos irán de mal en peor, engañando y siendo engañados.

Ante ese aumento de la oposición, la necesidad del Espíritu Santo es tanto mayor. Si hace casi dos mil años se requería su poder para el éxito del evangelio, esa necesidad no ha disminuido con los avances tecnológicos disponibles hoy; por el contrario, aumenta conforme crece la maldad. Jesús prometió en Juan 14:16 que el Padre enviaría al Consolador para que estuviese con los suyos para siempre. Esa promesa continúa vigente, y la certeza de contar con el Espíritu de manera permanente es el fundamento sobre el que descansa la labor evangelizadora de la iglesia hasta el fin.

**4 9 0      1 8 1 0**  
**LOS DOS MIL TRESCIENTOS DÍAS**  
**457 A.C.**

**7      62      1**  
**LAS SETENTA SEMANAS**

**3 1/2      3 1/2**  
**LA SEMANA**

**REY VALIENTE**      **REY ENSOBERBECIDO**  
DAÑO DE MUERTE      DAÑO DE MUERTE

**CUATRO VIENTOS**

**NAVES QUITIM**  
923 DC

**QUITAN EL CONTINUO**  
Dan 11:31

**ABOMINACIÓN ASOLADORA**  
536 DC

**REY ENSOBERBECIDO**  
1782 DC

**TIEMPO DEL FIN**  
Dan 11:40

**1843**  
**ULTIMA CAMPAÑA DEL REY DEL NORTE**  
504

**1844**  
**MIGUEL SE LEVANTA**  
Dan 12.1

**TIEMPO DE ANGUSTIA**  
Dan 12.1

**RESURRECCIÓN ESPECIAL**  
Dan 12.2

UNA **Ilustración pictórica**  
DE LAS **VISIONES**  
DE **DANIEL Y JUAN.**

Parte 2  
**Ampliado por:**

**JESÚS EN ALTAR ORO**

**CUATRO TROMPETAS**

**LOS 3 AYES**

**DRAGÓN ROJO**

**BESTIA DE MAR**

**BESTIA DE TIERRA**

**CIELO ABIERTO**

**SEPTIMO SELLO**

Ap. 11.18

Ap. 10.7

Euf.

Ap. 11.18

UNA **Ilustración pictórica**  
DE LAS **VISIONES**  
DE **DANIEL Y JUAN.**

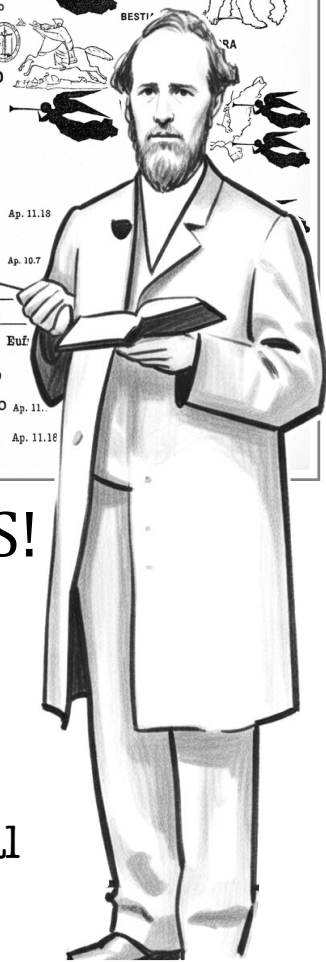
Parte 2  
**Ampliado por:**

# ¡CARTELES PROFÉTICOS!

*Las Líneas Proféticas de DANIEL Y APOCALIPSIS*

## Ahora en Español

Solicítalo GRATUITAMENTE al  
+34.650.86.38.11

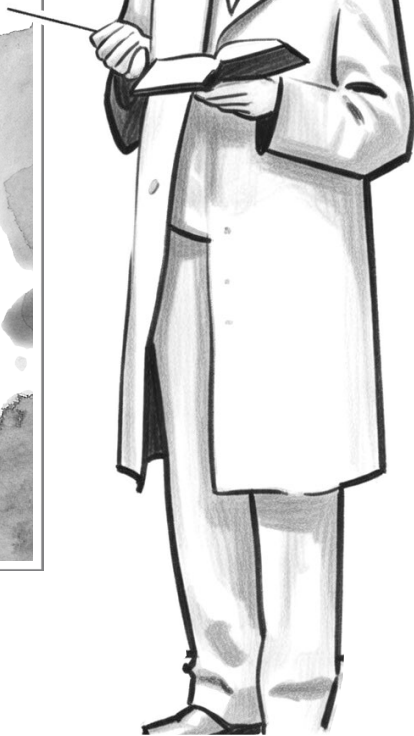




AntorchaProfetica.site

# LA VERDAD PRESENTE

ESTUDIOS BÍBLICOS



¡NUEVO LIBRO!

*Los Estudios Bíblicos de los  
Pioneros...*

**Ahora en Español**

Solicítalo **GRATUITAMENTE**  
al +34.650.86.38.11

